

Preludio 2.

El psicoanálisis; ¿Cuáles son sus fines y cuáles sus confines?

Trinidad Sanchez-Biezma de Lander

Toda institución de psicoanálisis se ha preguntado sobre los procedimientos de selección, sobre las modalidades de la enseñanza que imparte, sobre lo que capacita a alguien a ser analista. Aquí y allá se deplora el continuismo que reina y se hacen llamadas a la creatividad, a la invención. Permanentemente nos surgen las preguntas: ¿por qué los espíritus curiosos, por qué los jóvenes investigadores que quieren aprender algo nuevo (como decía Freud de sí mismo), no vienen a nosotros? Y ¿qué es enseñar el psicoanálisis hoy en día? ¿Cuándo lo enseñamos? ¿Es acaso en nuestros cursos, en nuestros seminarios, nuestras exposiciones o más bien es en las curas que nos demandan o en las supervisiones que dirigimos?

Lacan lo dice, una institución no es analítica porque incluya entre sus miembros a didactas que hacen didáctica, sino porque en ella tienen lugar de hecho análisis didácticos y justamente la finalidad esencial de la institución es esclarecer, decir cómo, de qué forma se llegó al fin de esos análisis.

Finalidad esencial de que en su seno tengan lugar de hecho análisis que resulten didácticos, única manera de poder situar al psicoanálisis en relación con el orden de las ciencias, pero también, para que las viejas estructuras jerárquicas puedan ser reemplazadas por otras cuyo funcionamiento esté centrado alrededor del esclarecimiento de lo que se produce en el curso de un análisis, sobre todo en materia de la transición de analizante a analista.

Y es que hacer Escuela teniendo en juego la transmisión, es la de producir un discurso de psicoanálisis en psicoanálisis. Lo que hace Escuela no es lo que la Escuela produce al mejor estilo universitario, esto es, no es aquello que se repite porque está fascinada, no es ese material que la obtura porque la seduce y que como la moda cambia con la estación. Lo que hace Escuela es la transmisión de lo que se hace en la Escuela, ese es su destino.

Porque qué otra cosa se puede transmitir si no es el testimonio de un deseo anclado en una experiencia. Lo que el acto de transmisión pone en el tapete no es un atropello sino un deseo, no es una transgresión sino ese conflicto permanente entre la ley y la vida y que ya escribía Kant, y que hace del hombre un sujeto ético. Lo que se transmite es algo que no es palabra, es esa singularidad de la palabra, es decir aquello que la funda y que a su vez es indecible.

*“Sacar la palabra del lugar de la palabra
y ponerla en el sitio de aquello que no habla...*

Lograr que la palabra adopte

el licor olvidado

de lo que no es palabra,

sino expectante mutismo

al borde del silencio” (R. Juarroz)

Sabemos que para ejercer el psicoanálisis es preciso haber pasado por la experiencia. El análisis entrama un camino, recorrido necesario a transitar para que aquel que entró como

analizante salga como analista. Un recorrido que se define por el hecho de que en su momento nace un deseo: el de retomar al nivel del inconsciente de otro la experiencia llevada a cabo con el propio inconsciente. *Y así el deseo del analista es ese lugar de donde se está fuera sin pensarlo, pero desde estar en él, es haber salido de verdad, o sea no haber tomado esta salida sino como entrada; no obstante, no es cualquiera porque es la vía del psicoanalizante.* (J. Lacan 1967).

Lacan se decide a concebir la experiencia, a diferencia de Freud, como un itinerario que llega a su fin, un fin que no es arbitrario ni exterior a la experiencia misma, sino que brota como resultado de ella, en una coyuntura que dicha experiencia debe permitir localizar, e incluso, transmitir. Un fin además que no se resuelve en una totalidad que se realiza a sí misma.

Y es que la formación de los analistas requiere de una organización, no diré *donde ello hable*, sino donde pueda hablar el sujeto que se considera ha advenido *allí donde ello estaba*. No hay pues formación psicoanalítica posible, allí donde la institución no cede la palabra a quien quiera tomarla para relatar su nacimiento a partir de lo que era sin saberlo. Por eso y no por otras razones Lacan inventa el pase. Dispositivo que permite no fijar el saber en una doctrina, amén de permitir que se desplieguen las invenciones del inconsciente; de permitir testimoniar a cada quien: *de la verdad mentirosa*, dejando a los carteles la tarea de *reconocer las condiciones de posibilidad del acto analítico que el pasante no puede enunciar en términos de verdad.* (C. Soler 2009).

Es necesario admitir que, si el sujeto se autoriza a instalarse por otras razones que el automatón, es porque después del ardor del pase encuentra una satisfacción tal, que la quiere hacer saber a otros. Satisfacción de transmitir un saber inédito que no puede más que conducir hacia lo que el saber transforma, y que llamamos con Lacan metamorfosis del sujeto.

Entonces el fin de la Escuela no puede confundirse con proselitismo. Ese llamado al otro no está dirigido a convencerlo ni a afiliarlo a una causa, sino a solicitar su singularidad para arrancarle a lo real un trozo de saber suplementario.

- J. Lacan 1967. Discurso a la EFP. Anuario de la Escuela.
- Roberto Juarroz "*Doceava Poesía Vertical*"
- C Soler 2009. Las condiciones del acto ¿Cómo reconocerlas? Wunsch 8.

DEL-F9. Comisión Epistémica.